

Y el destierro es de esta suerte:
 Que gente no ha de llevar,
 Caballeros, ni criados
 No le hayan de acompañar,
 Ni lleve caballo ó mula
 En que pueda cabalgar:
 Moneda de plata y oro
 Deje, y aun la de metal.
 Cuando el Conde esto oyera
 ¡Ved cuál podía estar!
 Con voz alta y rigurosa,
 Cercado de gran pesar,
 Como hombre desesperado
 Tal respuesta le fué á dar:
 —Por desterrarme tu Alteza
 Consiento en mi desterrar;
 Mas quien de mí tal ha dicho,
 Miente y no dice verdad,
 Que nunca hice traición,
 Ni pensé en maldad usar;
 Mas si Dios me da la vida
 Yo haré ver la verdad.—
 Ya se sale de Palacio
 Con doloroso pesar;
 Fuese á casa de Oliveros,
 Y allí halló á Don Roldan.
 Contábales las palabras
 Que con el Rey fué á pasar;
 Despidiéndose está d'ellos,
 Pues les dijo la verdad,
 Jurando que nunca en Francia
 Lo verían asomar,
 Si no fuese castigado
 Quien tal cosa fué á ordenar.
 Ya se despedía d'ellos;
 Por Paris comienza á andar
 Despidiéndose de todos
 Con quien solía conversar.
 Despidióse de Valdovinos
 Y del romano Fincan,
 Y del gaston Angeleros,
 Y del viejo Don Beltran,
 Y del duque Don Estolfo,
 De Malgesí otro que tal,
 Y de aquel solo invencible
 Reinaldos de Montalvan.
 Ya se despide de todos
 Para su viaje tomar.
 La Condesa fué avisada,
 No tardó en Paris entrar:
 Derecha fué para el Rey,
 Sin con el Conde hablar,
 Diciendo que de su Alteza
 Se quería maravillar,
 Cómo al buen conde Grimaltos
 Lo quisiese así tratar;
 Que sus obras nunca han sido
 De tan mal galardón,
 Y que suplica á su Alteza
 Que en ello mande mirar,
 Y si el Conde no es culpado
 Que al traidor haga pagar
 Lo que el Conde merecía
 Si aquello fuese verdad,
 Y así será castigado
 Quien lo tal fué á ordenar.
 Cuando el Rey aquesto oyera
 Luego la mandó callar,
 Diciendo que si mas habla
 Como á él la ha de tratar,
 Y que le es muy excusado
 Por el Conde le rogar,
 Pues quien por traidores ruega
 Traidor se pueda llamar.
 La Condesa qu'esto oyera,
 Llorando con gran pesar,
 Descendióse del palacio
 Para el Conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el Conde

Se llegó á lo abrazar;
 Lo que el uno y otro dicen
 Lástima era de escuchar:
 —¡Este es el descanso, Conde,
 Que me habiades de dar?
 ¡No pensé que mis placeres
 Tan poco habían de durar!
 Mas en ver que sin razón,
 Por placer nos dan pesar,
 Quiero que cuando vais, Conde
 Cuenta d'ello sepais dar.
 Yo os demando una merced,
 No me la queráis negar,
 Porque cuando nos casamos
 Hartas me habiades de dar.
 Yo nunca las he habido,
 Aun las tengo de cobrar,
 Ahora es tiempo, buen Conde,
 De haberlas de demandar.
 —Excusado es, la Condesa,
 Eso ahora demandar,
 Porque jamás tuve cosa
 Fuera de vuestro mandar,
 Que cuanto vos demandeis
 Por mí fe de lo otorgar.
 —Es, señor, que dond' fuéredes
 Con vos me hayais de llevar.
 —Por la fe que yo os he dado
 No se os puede negar;
 Mas de las penas que siento
 Esta es la mas principal,
 Porque perderme yo solo
 Este perder es ganar,
 Y en perderos vos, señora,
 Es perder sin mas cobrar;
 Mas pues así lo queréis,
 No queramos dilatar.
 ¡Mucho me pesa, Condesa,
 Porque no podais andar,
 Que siendo niña y preñada
 Podriades peligrar!
 Mas pues fortuna lo quiere
 Recibidlo sin pesar,
 Que los corazones fuertes
 Se muestran en tal lugar.—
 Tómense mano por mano,
 Sálese de la ciudad;
 Con ellos sale Oliveros,
 Y ese paladin Roldan,
 Tambien el Dardin Dardeña,
 Y ese romano Fincan,
 Y ese gaston Angeleros,
 Y el fuerte Meridan:
 Con ellos va Don Reinaldos,
 Y Valdovinos el galan,
 Y ese duque Don Estolfo,
 Y Malgesí otro que tal;
 Las dueñas y las doncellas
 Tambien con ellos se van:
 Cinco millas de Paris
 Los hubieron de dejar.
 El Conde y Condesa solos
 Tristes se habian de quedar:
 Cuando partirse tenían
 No se podian hablar.
 Lloran el Conde y la Condesa,
 Sin nadie les consolar,
 Porque no hay grande ni chico
 Que estuviese sin llorar.
 ¡Pues las damas y doncellas,
 Que allí hubieron de Hegar,
 Hacen llantos tan extraños,
 Que no los oso contar,
 Porque mientras pienso en ellos
 Nunca me puedo alegrar!
 Mas el Conde y la Condesa
 Vanse sin nada hablar:
 Los otros caen en tierra
 Con la sobra del pesar:

Otros crecen mas sus lloros
 Viendo cuán tristes se van.
 Dejo de los caballeros
 Que á Paris quieren tornar;
 Vuelvo al Conde y la Condesa,
 Que van con gran soledad
 Por los yermos y asperezas
 Do gente no suele andar.
 Llegado el tercero dia,
 En un áspero bosque
 La Condesa de cansada
 Triste no podía andar.
 Rasgáronse sus servillas,
 No tiene ya que calzar:
 De la aspereza del monte
 Los piés no podía alzar;
 Do quiera que el pié ponía
 Bien quedaba la señal.
 Cuando el Conde aquesto vido,
 Queriéndola consolar,
 Con gesto muy amoroso
 La comenzó de hablar:
 —No desmayedes, Condesa,
 Mi bien, queráis esforzar,
 Que aquí está una fresca fuente
 Do el agua muy fria está:
 Reposarémnos, Condesa,
 Y podrémnos refrescar.—
 La Condesa que esto oyera
 Algo el paso fué á alargar,
 Y en llegando á la fuente
 Las rodillas fué á hincar.
 Dió gracias á Dios del cielo,
 Que la trujo en tal lugar,
 Diciendo:—¡Buen agua es esta
 Para quien tuviese pan!
 Estando en estas razones
 El parto le fué á tomar,
 Y allí pariera un hijo,
 Que es lástima de mirar
 La pobreza en que se hallan
 Sin poderse remediar.
 El Conde cuando vió el hijo
 Comenzóse de esforzar;
 Con el sayo que traía
 Al niño fué á cobijar;
 Tambien se quitó la capa
 Por á la madre abrigar;
 La Condesa tomó el niño
 Para darle de mamar.
 El Conde estaba pensando
 Qué remedio le buscar,
 Que pan ni vino no tienen,
 Ni cosa con que pasar.
 La Condesa con el parto
 No se puede levantar;
 Tomóla el Conde en los brazos
 Sin ella el niño dejar,
 Súbelos á una alta sierra
 Para mas léjos mirar.
 En unas breñas muy hondas
 Grande humo vió estar,
 Tomó su mujer y hijo,
 Para allá les fué á llevar.
 Entrando en la espesura
 Luego al encuentro le sale
 Un virtuoso ermitaño
 De reverencia muy grande:
 El ermitaño que los vido
 Comenzóse de hablar:
 —¡Oh válgame Dios del cielo!
 ¡Quién aquí os fué á aportar?
 Porque en tierra tan extraña
 Gente no suele habitar,
 Sino yo que por penitencia
 Hago vida en este valle.—
 El Conde le respondió
 Con angustia y con pesar:
 —Por Dios te ruego, ermitaño,

Que uses de caridad,
 Que despues habrémos tiempo
 De cómo vengo, á contar;
 Mas para esta triste dueña
 Dame que la pueda dar,
 Que tres dias con sus noches
 Ha que no ha comido pan,
 Que allá en esa fuente fria
 El parto le fué á tomar.—
 El ermitaño que esto oyera,
 Movido de gran piedad
 Llevóles para la ermita
 Do él solía habitar.
 Dióles del pan que tenía,
 Y agua, que vino no hay:
 Recobró algo la Condesa
 De su flaqueza muy grande.
 Allí le rogó el Conde
 Quiera el niño bautizar.
 —Pláceme, dijo, de grado;
 ¡Mas cómo le llamarán?
 —Como quisieredes, Padre,
 El nombre le podréis dar.
 —Pues nació en ásperos montes
 Montesinos le dirán.—
 Pasando y viniendo dias,
 Todos vida santa hacen;
 Bien pasaron quince años,
 Que el Conde de allí no parte.
 Mucho trabajó el buen Conde
 En haberle de enseñar
 A su hijo Montesinos
 Todo el arte militar,
 La vida de caballero
 Cómo la había á usar,
 Cómo ha de jugar las armas,
 Y qué honra ha de ganar,
 Cómo vengará el enojo
 Que al padre fuéron á dar.
 Muéstrale en leer y escribir
 Lo que le puede enseñar,
 Muéstrale jugar á tablas,
 Y cebar un gavilan.
 A veinte y cuatro de junio,
 Día era de San Juan,
 Padre y hijo paseando
 De la ermita se van;
 Encima de una alta sierra
 Se suben á razonar.
 Cuando el Conde alto se vido
 Vido á Paris la ciudad.
 Tomó al hijo por la mano,
 Comenzóle de hablar,
 Con lágrimas y sollozos
 No deja de suspirar.

(Silva de varios Romances.— It. Floresta de varios Romances.)

¹ Las circunstancias y sucesos del nacimiento de Montesinos, son casi idénticos á los del de Roldan.— En este romance empiezan las aventuras de Montesinos, de Durandarte y de Belerma.— El romance parece ser viejo y de aquellos que proceden de tradicion oral, cantada por los juglares al vulgo que los oia.

² Don Tomillas hace en este romance el papel que en otros Galalon.

³ Por tenerlos heridos y ensangrentados.

Cata Francia, Montesinos,
 Cata Paris la ciudad,
 Cata las aguas de Duero,
 Do van á dar en la mar;
 Cata palacios del Rey,
 Cata los de Don Beltran,

Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar
Es la casa de Tomillas,
Mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada
Me mandó el Rey desterrar,
Y he pasado á causa d'esto
Mucha sed, calor y hambre,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya
Por testigo puedo dar,
Que te parió en una fuente
Sin tener en qué te echar.
Yo triste quité mi sayo
Para haber de cobijarte;
Ella me dijo llorando
Por te ver tan mal pasar:
—Tomes este niño, Conde,
Y lléveslo á cristianar;
Llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad.—
Montesinos que lo oyera
Los ojos volvió á su padre;
Las rodillas por el suelo
Empezóle de rogar
Le quisiese dar licencia,
Que en París quiere pasar,
Y tomar sueldo del Rey
Si se lo quisiere dar,
Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal;
Que si sueldo del Rey toma
Todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren
A su padre fué á rogar
Que á la triste de su madre
El la quiera consolar,
Y de su parte le diga
Que á Tomillas va buscar.
—Pláceme, dijera el Conde,
Hijo, por te contentare.—
Ya se parte Montesinos
Para en París entrare,
Y en entrando por las puertas
Luego quiso preguntar
Por los palacios del Rey
Que se los quieran mostrar.
Los que se lo oían decir
Dél se empiezan á burlar;
Viéndolo tan mal vestido
Piensan que es loco, ó truhan:
En fin, muéstranle el palacio,
Entró en la sala real,
Halló que comía el Rey,
Don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
Por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
Aljérez van á jugar
Solos el Rey y Tomillas
Sin nadie á ellos hablar,
Si no fuera Montesinos
Que llegó á los mirar;
Mas el falso Don Tomillas,
En quien nunca hubo verdad,
Jugara una treta falsa,
Donde no pudo callar
El noble de Montesinos,
Y publica su maldad.
Don Tomillas qu'esto oyera,
Con muy gran riguridad
Levantando la su mano
Un bofetón le fué á dar.
Montesinos con el brazo
El golpe le fué á tomar,
Y echando mano al tablero
A Don Tomillas fué á dar
Un tal golpe en la cabeza,

Que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado,
Sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes
Cuantos en la sala están:
Prendieron á Montesinos
Y queríanlo matar,
Sino qu'el Rey mandó á todos
Que no le hiciesen mal,
Porque él quería saber
Quién le dió tan grande osar;
Que no sin algun misterio
El no osaría tal obrar.
Cuando el Rey le interrogara
El dijera la verdad.
—Sepa tu real Alteza
Soy tu nieto natural;
Hijo soy de vuestra hija,
La que hicisteis desterrar
Con el conde Don Grimaltos,
Vuestro servidor leal,
Y por falsa acusacion
Le quisiste maltratar:
Mas agora vuestra Alteza
Puedese d'ello informar;
Qu'el falso de Don Tomillas
Sepan si dijo verdad,
Y si pena yo merezco,
Buen Rey, mándame la dar,
Y tambien si no la tengo
Mandédesme de soltar,
Y al buen Conde y la Condesa
Los mandeis ir á buscar,
Y los torneis á sus tierras
Como solian estar.—
Cuando el Rey aquesto oyera
No quiso mas escuchar.
Aunque veía ser su nieto
Quiso saber la verdad,
Y supo que Don Tomillas
Ordenó aquella maldad
Por envidia que les tuvo
Al ver su prosperidad.
Cuando el Rey la verdad supo
Al buen Conde hizo llamar:
Gente de á pié y de á caballo
Iban por le acompañar,
Y damas por la Condesa
Como solia llevar.
Llegado junto á Paris
Dentro no queria entrar,
Porque cuando dél salieron
Los dos fuéron á jurar
Que las puertas de Paris
Nunca las vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo
Luego mandó derribar
Un pedazo de la cerca
Por do pudiesen pasar
Sin quebrar el juramento
Qu'ellos fuéron á jurar:
Llévanlos á los palacios
Con mucha solemnidad,
Y hácenlos muy ricas fiestas
Cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas
Les vienen á visitar,
Y el Rey delante de todos
Por mayor honra les dar,
Les dijo que habia sabido
Como era todo maldad,
Lo que dijo Don Tomillas
Cuando lo hizo desterrar:
Y porque sea mas creído
Allí les tornó á firmar
Todo lo que ántes tenían,
Y el gobierno general,
Y que despues de sus días
El reino haya de heredar

El noble de Montesinos,
Y así lo mandó firmar.

(Cancionero de Romances.—It. Silva de varios Romances.—It. Floresta de varios Romances.)

¹ Se ha tomado del Cancionero de Romances hasta el verso que dice *Que á Tomillas va á buscar*; y desde aquí, de la *Silva de varios romances*, donde está completo.

² Para el trovador, que sin duda hizo el romance sobre una tradicion importada de Francia, el Duero ó el Sena eran lo mismo; pero el pueblo que le oía, entenderia mejor el nombre de un rio conocido en su país, que la falta geográfica cometida.

384.

MONTESINOS Y ROSAFLOIDA.—III.

(Anónimo ¹.)

En Castilla está un castillo,
Que se llama Rocafriada;
Al castillo llaman Roca,
Y á la fuente llaman Frida.
El pié tenía de oro,
Y almenas de plata fina;
Entre almena y almena
Está una piedra zafira;
Tanto relumbra de noche
Como el sol á mediodía.
Dentro estaba una doncella
Que llaman Rosafloida:
Siete condes la demandan,
Tres duques de Lombardía;
A todos los desdenaba,
Tanta es su lozania.
Enamoróse de Montesinos
De oídas, que no de vista.
Una noche estando así,
Gritos da Rosafloida:
Oyérala un camarero,
Que en su cámara dormía.
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosafloida?
O tenedes mal de amores,
O estáis loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores,
Ni estoy loca sandía,
Mas levádesme estas cartas
A Francia la bien guarnida;
Diéselas á Montesinos,
La cosa que mas quería;
Dile que me venga á ver
Para la Pascua Florida;
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,
Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardidada;
Y si de mí mas quisiere
Yo mucho mas le daría:
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

(Cancionero de Romances.)

¹ Fuera del nombre de Montesinos, es puramente española la invencion de este romance, cuyo lenguaje y formas pertenecen al segundo tercio del siglo xv.

385.

DURANDARTE OFENDIDO DE SU DAMA.—IV.

(Anónimo ¹.)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones

Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mi aplazado:
Agora, desconocido,
Dí, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado,
Que si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amásteis á Gayferos,
Cuando yo fui desterrado;
Que si amor quereis conmigo
Tenéislo muy mal pensado;
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

(Cancionero de Romances.)

¹ Le glosó Soria en las coplas del Cancionero general, edicion de 1511, que dicen: *Dolor del tiempo perdido*.

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES,
CON LA MUERTE DE DURANDARTE, ROLDAN
Y OTROS DE LOS DOCE PARES; HECHOS DE AL-
GUNOS DE ELLOS, Y SUCESOS POSTERIORES.

386.

MONTESINOS BUSCA Á DURANDARTE EN LA BATALLA.—I.

(De Lucas Rodriguez.)

Por la parte donde vido
Mas sangrienta la batalla
Se metía Montesinos
Lleno de angustia y de saña.
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba;
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba.
Echó el ojo Montesinos;
Por todo el campo miraba,
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfanje trae el moro
Teñido en sangre de Francia.
Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña
Dió de espuelas á la yegua,
Y en los pechos le encontrara,
Y fué tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba.
Del golpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza;
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta.
Como se vió de tal suerte
Por todo el campo miraba;
Vió la batalla rompida,
Sus gentes desbaratadas,
Y la flor de lis de oro
Que los moros la arrastraban.
No ve golpe de Oliveros,
Ni oye ya al señor de Braña:
Cubierto de sangre y polvo
Se salió de la batalla
En busca de Durandarte
Que de léjos divisaba,
Que con heridas de muerte
De la batalla escapaba.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.—It. Floresta de varios Romances.)

387.

DURANDARTE MORIBUNDO RECOMIENDA Á MONTESINOS QUE LLEVE SU CORAZON Á BELERMA. — II.

(Anónimo.)

¡Oh Belerma! oh Belerma!
 Por mi mal fuiste engendrada,
 Que siete años te servi
 Sin de ti alcanzar nada;
 Agora que me querias
 Muero yo en esta batalla.
 No me pesa de mi muerte
 Aunque temprano me llama;
 Mas pésame que de verte
 Y de servirte dejaba.
 ¡Oh mi primo Montesinos!
 Lo que agora yo os rogaba,
 Que cuando yo fuere muerto
 Y mi ánima arrancada,
 Vos lleveis mi corazon
 Adonde Belerma estaba,
 Y servidla de mi parte,
 Como de vos yo esperaba,
 Y traedle mi memoria
 Dos veces cada semana;
 Y diréisle que se acuerde
 Cuán cara que me costaba;
 Y dadle todas mis tierras
 Las que yo señoreaba;
 Pues que yo á ella pierdo,
 Todo el bien con ella vaya.
 ¡Montesinos, Montesinos!
 ¡Mal me aqueja esta lanzada!
 El brazo traigo cansado,
 Y la mano del espada:
 Traigo grandes las heridas,
 Mucha sangre derramada,
 Los extremos tengo frios,
 Y el corazon me desmaya;
 Que ojos que nos vieron ir
 Nunca nos verán en Francia.
 Abracéisme, Montesinos,
 Que ya se me sale el alma.
 De mis ojos ya no veo,
 La lengua tengo turbada;
 A vos doy todos mis cargos,
 En vos yo los traspasaba.
 —El Señor en quien creéis
 El oiga vuestra palabra. —
 Muerto yace Durandarte
 Al pié de una alta montaña:
 Llorábalo Montesinos,
 Que á su muerte se hallara:
 Quitándole está el almete,
 Desciéndole el espada;
 Hácele la sepultura
 Con una pequeña daga;
 Sacábale el corazon,
 Como él se lo jurara,
 Para llevarlo á Belerma,
 Como allí se lo mandara.
 Las palabras que le dice
 De allá le salen del alma:
 — ¡Oh mi primo Durandarte!
 ¡Primo mio de mi alma!
 ¡Espada nunca vencida!
 ¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!
 ¡Quien á vos mató, mi primo,
 No sé por qué me dejara!

(Cancionero de Romances.)

388.

AL ASUNTO DEL ANTERIOR. — III.

(De Lucas Rodriguez.)

Por el rastro de la sangre
 Que Durandarte dejaba

Caminaba Montesinos
 Por una áspera montaña;
 A la hora que camina,
 Aun no era bien de mañana,
 Las campanas de Paris
 Tocan la señal del alba.
 Como viene de la guerra
 Trae las armas destrozadas,
 Solo en la mano derecha
 Trae un pedazo de lanza
 De hácia la parte del cuento,
 Que el hierro allá lo dejaba.
 En el cuerpo de Albenzaide,
 Un moro de muy gran fama.
 Trae aquella el frances⁴
 Para hacer andar la yegua,
 Que la llevaba cansada:
 Mirando iba la yerba
 Cómo estaba ensangrentada;
 Saltos le da el corazon,
 Y sospechas le da el alma
 Pensando si seria alguno
 De los amigos de Francia.
 Confuso en esta sospecha
 Hácia un haya caminaba:
 Vió un caballero tendido
 Que parece que le llama;
 Dale voces que se llegue
 Que el alma se le arrancaba.
 No le conoce el frances,
 Por mucho que lo miraba,
 Porque le turban la vista
 Las cintas de la celada.
 Apeöse de la yegua,
 Y desarmóle la cara:
 Conoció al primo que quiso
 Con la vida mas que al alma.
 Fuéle á hacer compañía
 En las últimas palabras.
 El herido habla al sano,
 Y el sano al herido abraza,
 Y por no hablarle llorando
 Detiene un poco la habla.
 Viéndole junto de sí
 D'esta manera le habla:
 — ¡Oh mi primo Montesinos!
 ¡Mal nos fué en esta batalla!
 Pues murió en ella Roldan
 El marido de Doña Alda,
 Cautivaron á Guarinos
 Capitan de nuestra escuadra:
 Heridas tengo de muerte
 Que el corazon me traspasan.
 Lo que os encomiendo, primo,
 Lo postrero que os rogaba,
 Que cuando yo sea muerto,
 Y mi cuerpo esté sin alma,
 Me saqueis el corazon
 Con esta pequeña daga,
 Y lo lleveis á Belerma,
 La mi linda enamorada;
 Y le diréis de mi parte
 Que muero en esta batalla;
 Que quien muerto se le envia,
 Vivo no se lo negara.
 Daréisle todas mis tierras
 Cuantas yo señoreaba;
 Que los bienes del cautivo
 El señor los heredaba. —
 Estas palabras diciendo
 El alma se le arrancaba.

(Rodriguez, Romancero historiado.)

⁴ Después de este verso falta sin duda otro en el original.

389.

MONTESINOS, DESPUES DE SACARLE EL CORAZON, SEPULTÁ Á DURANDARTE. — IV.

(Anónimo⁴.)

Muerto yace Durandarte
 Debajo una verde haya;
 Con él está Montesinos,
 Que en la su muerte se halla.
 Haciéndole está la fosa
 Con una pequeña daga;
 Quitándole está el almete,
 Desciéndole la espada;
 Por el costado siniestro
 El corazon le sacara.
 Así hablara con él
 Como cuando vivo estaba.
 — ¡Corazon del mas valiente
 Que en Francia ceñia espada
 Ahora seréis llevado
 Adonde Belerma estaba! —
 Envolvióle en un cendal,
 Y consigo lo llevaba.
 Entierra primero al primo;
 Con gran llanto lamentaba
 La su tan temprana muerte
 Y su suerte desdichada.
 Torna á subir en la yegua,
 Su cara en agua bañada;
 Pónese luego el almete
 Y muy recio le enlazaba.
 No quiere ser conocido
 Hasta hacer su embajada,
 Y presentarle á Belerma,
 Segun que se le encargara,
 El sangriento corazon
 Que á Durandarte sacara.
 Camina triste y penoso,
 Ninguna cosa le agrada;
 Por do quiere andar la yegua
 Por allí deja que vaya;
 Hasta que entró por Paris
 No sabe en qué parte estaba.
 Derecho va á los palacios
 Adonde Belerma estaba.

Floresta de varios Romances.

⁴ Es casi idéntico al que le sigue, y empieza lo mismo.

390.

AL MISMO ASUNTO. — V.

(Anónimo⁴.)

Muerto yace Durandarte
 Al pié de una verde haya;
 Con él está Montesinos,
 Que en la su muerte se halla.
 Haciéndole está la huesa
 Con la punta de su daga,
 El arnés le está quitando,
 El pecho le desarmaba;
 Por el siniestro costado
 El corazon le sacaba.
 Envolvióle en un cendal,
 De mirarlo no cesaba:
 Con palabras dolorosas
 La vista solemnizaba.
 — ¡Corazon el mas valiente,
 Que en la Francia ciñó espada,
 Agora seréis llevado
 Adonde Belerma estaba!
 Use clemencia en la muerte,
 Pues en vida la negaba.
 ¡Si vuestra muerte le duele,
 Dichosa será la paga! —
 Llegó en esto Montesinos

Adonde Belerma estaba;
 Díjole, con el semblante
 Que dolor le convidaba:
 — Sepas, señora, que es muerto
 El que mas que á sí te amaba.
 Cata aquí su corazon,
 Que ante ti se presentaba. —
 Belerma con estas nuevas
 Estas palabras hablaba:
 — ¡Mi buen señor Durandarte,
 Dios perdone la tu alma!

(TIMONEDA: Rosa de amores. — It. WOLF, Rosa de romances)

⁴ Timoneda, teniendo presente el anterior romance, debió reformarle en este, para darle un aire mas moderno.

391.

AL MISMO ASUNTO. — VI.

(De Lucas Rodriguez.)

Echado está Montesinos
 Al pié de una verde haya:
 Llorando está Durandarte
 Su primo que tanto amaba.
 No le duelen las heridas,
 Que sacó de la batalla,
 Ni le duele ver perdida
 La honra toda de Francia;
 Ni se acuerda del rey Cárlos,
 Que huye por la montaña,
 Ni tampoco se le acuerda
 Del fuerte señor de Brava,
 De Oliveros ni de Astolfo,
 Ni de los que allí quedaban,
 Solo llora por la muerte
 Del primo, que muerto estaba
 Con la gran pena que siente
 De sospirar no cesaba:
 Las heridas corren sangre,
 Los ojos destilan agua.
 Metido está Montesinos
 Con una congaja extraña:
 Sacó fuerzas de flaqueza
 Y echó mano de una daga:
 Mide una parte de tierra,
 Que con la punta señala
 A la medida del cuerpo
 Del primo que ya espiraba,
 Y habiéndola señalado,
 A puros golpes la cava.
 Los golpes que da en el suelo
 Los da primero en su alma;
 Como la tierra está dura
 Con lágrimas la ablandaba.
 Fuése á su querido primo
 Y abrióle un poco la llaga;
 Saca el corazon sangriento
 Mas el suyo le dejaba.
 Dióle al cuerpo sepultura
 Y al camino se tornaba,
 Por llevar el corazon
 Adonde Belerma estaba,
 Porque él antes de su muerte
 Así se lo encomendaba,
 Y d'esto estaba tan triste,
 Que de sí no se acordaba.
 Si daba un paso la yegua
 Con sospiros la alcanzaba,
 Al tiempo que amanecía
 A la ciudad allegaba.

RODRIGUEZ, Romancero historiado.